

TENGO ENTENDIDO QUE
VAN A CREAR NUEVOS
PUESTOS DE TRABAJEDIA



¡CIELOS!

LA OBLIGACION DE SER DICHOSOS

TODA filosofía de Occidente está basada en el principio de que el hombre tiene la obligación de ser feliz. Desde que se inventó el erotismo en la puerta trasera del paraíso con la braguita vegetal de nuestros primeros padres expulsados hasta la última teoría de la sensualidad de la masa política, el ser humano es un ente con dos patas y tarjeta del Dinero que está condenado a la felicidad. Los filósofos, los inventores, los políticos, los tenderos y los sacerdotes palpan psicológicamente nuestras visceras buscando el nervio donde nos habita el síndrome de la obediencia con objeto de devolvernos al paraíso del orden y de los grandes almacenes. Los españoles somos seres occidentales, de modo que Sócrates, Tomás de Aquino, Voltaire, Carlos Marx, Jean Paul Sartre y Marcuse desembocan en el Corte Inglés. Los españoles tenemos, pues, la obligación de ser felices, aunque haya cambiado el gobierno.

Por estas fechas la lotería de Navidad conmueve los comienzos de la comunidad con una descarga irracional; los abarroteros adornan los jamones con guimaldas plateadas; los basureros del barrio pasan tarjeta dando la enhorabuena al ciudadano; el dominguero tomado por la fiebre del calor de hogar sale al monte a talar pimpollos para elevarlos en la salita de estar-comedor y coronarlos de bolitas; las damas del ropero fabrican calcetines de lana a ganchillo para que los hijos de los obreros no pasen las fiestas con los pies húmedos; y bajo la inundación de champagne de San Sadurn de Noya y la avalancha de turrone de Jijona algún despistado, haciendo caso omiso de las fechas, todavía pide amnistía. El gobierno de España ha cambiado, pero según dicen el Niño Jesús va a nacer en Belén, así que no tenemos más remedio que alegrarnos. La política del país va a entrar estos días en un túnel de mazapán y se va a confundir entre la juerga con narizotas y matasuegras, rigodones, escudellas y carn d'olla, besugos al horno y pulardas con pasas. Cuando el contribuyente salga de este túnel con ardor de estómago y se encuentre con la cuesta de enero, donde el imperativo categórico de la felicidad ya no es irremediable, se supone que comenzará a cantar un villancico laico y la dulce nieve de Navidad se puede convertir en una granizada social. De momento vamos a comernos un capón, comprado con tarjeta, en honor al Niño Jesús, cumpliendo con el reglamento de mano que nos manda ser felices. Y después de las fiestas veremos de qué lado caen los chuzos de punta. ■ **VICENT**

LA REAPARICION DE ENCARNA

ENCARNA ha levantado la ley del silencio que se había auto-recetado y me ha dicho:

—Don Sixto. Ya puede utilizarme otra vez como personaje. Voy a aprovechar el levante de los techos de permisividad para decir cuatro cosas bien dichas.

—Venga.

—Amnistía. Normalización democrática. Desaparición de Raphael de los programas televisivos. La tierra y la industria para quien la trabaja.

—Los tres primeros puntos correctos. El cuarto evidencia que no estás madura para la democracia. De momento, para conseguir la normalidad democrática tiene que estar de acuerdo mucha gente convencida de que ni la tierra ni la industria han de ser para quien la trabaja. Mira, en lo de la agricultura aún se pondrían de acuerdo más tarde o más temprano. Pero en lo de la industria...

—No sé. No sé. He de consultarlo con mis superiores.

—¿Qué superiores tienes tú?

—Yo misma. Acabo de escindirne de un medio novio político que me ha durado medio año. En cuanto me he enterado que había visitado a Carrillo en París le he dicho: o Carrillo o yo.

—¿Qué te ha contestado?

—Que los dos. Ha sido entonces cuando he descubierto que no era el hombre de mi vida. Es un pactista nato.

—¿Qué te ha dicho a ti Carrillo?

—Que se ve con demasiada gentuza, Don Sixto. Que se está pasando. Dentro de poco la nota definitoria de un político español será que no se haya entrevistado o sí se haya entrevistado con Carrillo. Yo no quiero entrevistarme.

—Ni Blas Piñar. Ni Girón. Ni Fernández Cuesta.

Se marcha algo molesta y me dice algo que me suena a «pactista» o «patista», porque en su madrileñismo Encarna se me come últimamente todas las trabas consonánticas que puede. Pero no tarda en volver. La agitación pone temblores redondos en los senos breves y exactos. Dos trazos negros subrayan sus ojos, elemento lingüístico al que recurre cuando se siente mañanera e insegura y quiere dar mayor fuerza a su mirada.

—Por mí que no quede. Que no se diga que no estoy dispuesta al diálogo. Voy a llamar a mi novio político y le voy a decir que por esta vez le paso lo de Carrillo, pero que no abuse.

—No le llames. Ese chico no te conviene.

—¿En qué quedamos? ¿Hay que pactar o no hay que pactar?

—Jamás con novios políticos. Los amantes adjetivados son los peores amantes que hay. Novios económicos, políticos, coyunturales...

—¿Y los adjetivos aplicados a vecinos, qué?

—Encarna, hazme caso. Yo no he sido ni tu marido. ni tu novio, ni tu amante, sino el que más **SIXTO CAMARA** y mejor te aguanta. Con eso tengo bastante.

¡QUE GRANDE
ES ESPAÑA!

¡SOBRE TODO CON
UNA COPA DENTRO!

